

LA VIDA ES EL ARTE DEL ENCUENTRO

Programa de formación
basado en la encíclica *Fratelli tutti*



OCSO

2026

«La vida es el arte del encuentro, aunque haya tanto desencuentro por la vida» [Vinicius de Moraes]. Reiteradas veces he invitado a desarrollar una cultura del encuentro, (...) un estilo de vida tendiente a conformar ese poliedro que tiene muchas facetas, muchísimos lados, pero todos formando una unidad cargada de matices, ya que «el todo es superior a la parte». El poliedro representa una sociedad donde las diferencias conviven complementándose, enriqueciéndose e iluminándose recíprocamente.

(Fratelli tutti, 215)

Índice

Introducción	4
1. Pertenecer a una comunidad	6
2. Abrirse a la diversidad cultural	9
3. Sentarse a escuchar a otro	12
4. Rehacer una comunidad	15
5. Ser artesanos de paz	18
Bibliografía	21

Introducción

+

Queridos Hermanos y Hermanas:

La vida comunitaria está en el corazón de nuestra vocación cisterciense. No buscamos a Dios como individuos aislados, sino como hermanos y hermanas convocados por Cristo, bajo una Regla y un abad o una abadesa, en una escuela cotidiana de la caridad. Sin embargo, sabemos también por experiencia que una comunidad nunca es una realidad acabada. Es un cuerpo vivo que necesita continuamente cuidado, conversión y renovación. Perteneceunos unos a otros es, a la vez, un don que recibimos y una tarea que se nos confía.

Por esta razón, me complace presentar este programa de formación, inspirado en la encíclica *Fratelli tutti* del papa Francisco. La invitación del Santo Padre a la fraternidad universal y a la amistad social habla directamente a nuestro modo monástico de vida. Las grandes cuestiones abordadas en la encíclica no se encuentran solamente fuera del monasterio. Toca la realidad cotidiana de nuestras comunidades: ¿Cómo podemos crear un auténtico sentido de pertenencia? ¿Cómo acogemos las diferencias como dones? ¿Cómo nos escuchamos unos a otros? ¿Cómo podemos sanar las relaciones heridas? ¿Y cómo pueden nuestras comunidades convertirse en lugares donde la paz se aprenda y se practique pacientemente?

Los cinco temas de este programa — pertenecer a una comunidad, abrirnos a la diversidad cultural, sentarnos y escuchar a los demás, reconstruir una comunidad y ser artesanos de paz — ofrecen un itinerario de reflexión rico y coherente. Cada tema pone la enseñanza de *Fratelli tutti* en diálogo con la Sagrada Escritura, la Regla de san Benito y nuestra tradición cisterciense. Las voces de san Bernardo, Elredo de Rievaulx, Guillermo de Saint-Thierry, Thomas Merton, André Louf, Christian de Chergé y otros nos recuerdan que la fraternidad, la escucha atenta, la compasión y la paz no son aspectos secundarios de nuestra vocación. Pertenecen a su mismo corazón.

Las preguntas propuestas para el diálogo son particularmente importantes. Este programa no pretende simplemente ofrecer materiales para la lectura individual o el estudio intelectual. Invita a cada comunidad a detenerse, escuchar y hablar juntos. Nos pide mirar con honestidad la calidad de nuestras relaciones y las formas concretas en que nos acogemos unos a otros, especialmente en los momentos de fragilidad. Nos desafía a reconocer tanto los dones como las dificultades que surgen de las diferencias de edad, formación, nacionalidad, cultura e historia personal. Tales diferencias no tienen por qué debilitar la comunión. Si se acogen con humildad y fe, pueden convertirse en una fuente de enriquecimiento y en un lugar privilegiado donde el Espíritu Santo nos habla.

Ninguna comunidad puede dar por concluido el trabajo de construir la comunión. Incluso una comunidad con una historia larga y venerable debe aprender continuamente a ser comunidad hoy. Los cambios que se producen en la Iglesia, en la sociedad y en

nuestra propia Orden, así como la creciente diversidad cultural y la fragilidad de muchas de nuestras casas, hacen que esta tarea sea cada vez más urgente. El futuro de nuestras comunidades no depende solamente del número de sus miembros, de los edificios o de los recursos económicos. Depende, sobre todo, de la calidad evangélica de nuestra vida común: de nuestra capacidad de escuchar, perdonar, llevar los unos las cargas de los otros, dar cabida a la diferencia y comenzar de nuevo después de un fracaso o un conflicto.

Por eso, animo encarecidamente a todas las comunidades de la Orden a hacer un uso generoso de este programa de formación. Puede adaptarse al ritmo y a las circunstancias de cada casa. Lo importante es que se dedique tiempo suficiente a la oración, a la reflexión personal y a un auténtico diálogo comunitario. El objetivo no es llegar a conclusiones rápidas o fáciles, sino iniciar o profundizar un proceso: un proceso de encuentro, conversión y crecimiento en la comunión. El programa dará fruto cuando la reflexión conduzca a decisiones concretas en la vida cotidiana de la comunidad.

En nombre de la Orden, expreso mi sincera gratitud a los miembros de la Comisión de Formación que han preparado este material. Les agradezco el tiempo, el cuidado y el discernimiento que han dedicado a seleccionar estos textos, a poner la enseñanza de *Fratelli tutti* en diálogo con nuestra tradición monástica y a formular preguntas que puedan ayudar a nuestras comunidades a hablar juntas con honestidad y esperanza. Su trabajo constituye un valioso servicio a la vida y a la unidad de la Orden.

Que este programa ayude a cada uno de nuestros monasterios a convertirse cada vez más verdaderamente en una escuela del servicio del Señor, una casa de misericordia y un taller de paz. Que renueve en nosotros la convicción de que la comunidad no es simplemente el marco en el que vivimos nuestra vocación: es uno de los principales caminos por los que Cristo viene a nuestro encuentro, nos forma en el amor y nos reúne en la comunión con él.

Roma, 20 de agosto de 2026, solemnidad de san Bernardo

Dom Bernardus Peeters OCSO
Abad General

Pertenecer a una comunidad

1.1. *Fratelli tutti*:

Esta cultura [globalizada] unifica al mundo, pero divide a las personas y a las naciones, porque «la sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos». Estamos más solos que nunca en este mundo masificado que hace prevalecer los intereses individuales y debilita la dimensión comunitaria de la existencia. (12)

El individualismo no nos hace más libres, más iguales, más hermanos. La mera suma de los intereses individuales no es capaz de generar un mundo mejor para toda la humanidad. Ni siquiera puede preservarnos de tantos males que cada vez se vuelven más globales. Pero el individualismo radical es el virus más difícil de vencer. Engaña. Nos hace creer que todo consiste en dar rienda suelta a las propias ambiciones, como si acumulando ambiciones y seguridades individuales pudiéramos construir el bien común. (105)

En el mundo actual los sentimientos de pertenencia a una misma humanidad se debilitan, y el sueño de construir juntos la justicia y la paz parece una utopía de otras épocas. Vemos cómo impera una indiferencia cómoda, fría y globalizada, hija de una profunda desilusión que se esconde detrás del engaño de una ilusión: creer que podemos ser todopoderosos y olvidar que estamos todos en la misma barca. (...) El aislamiento y la cerrazón en uno mismo o en los propios intereses jamás son el camino para devolver esperanza y obrar una renovación, sino que es la cercanía, la cultura del encuentro. El aislamiento, no; cercanía, sí. Cultura del enfrentamiento, no; cultura del encuentro, sí». (30)

¡Qué bonito sería que a medida que descubrimos nuevos planetas lejanos, volviéramos a descubrir las necesidades del hermano o de la hermana en órbita alrededor de mí!». (31)

Recordamos que nadie se salva solo, que únicamente es posible salvarse juntos. Por eso dije que «la tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades». (32)

El dolor, la incertidumbre, el temor y la conciencia de los propios límites (...) hacen resonar el llamado a repensar nuestros estilos de vida, nuestras relaciones, la organización de nuestras sociedades y sobre todo el sentido de nuestra existencia. (33)

El amor nos pone finalmente en tensión hacia la comunión universal. Nadie madura ni alcanza su plenitud aislándose. Por su propia dinámica, el amor reclama una creciente apertura, mayor capacidad de acoger a otros, en una aventura nunca acabada que

integra todas las periferias hacia un pleno sentido de pertenencia mutua. Jesús nos decía: «Todos vosotros sois hermanos» (Mt23,8). (95)

Si no logramos recuperar la pasión compartida por una comunidad de pertenencia y de solidaridad, a la cual destinar tiempo, esfuerzo y bienes, la ilusión global que nos engaña se caerá ruinosamente y dejará a muchos a merced de la náusea y el vacío. (...) El “sálvese quien pueda” se traducirá rápidamente en el “todos contra todos”. (36)

Se olvida que «no existe peor alienación que experimentar que no se tienen raíces, que no se pertenece a nadie. Una tierra será fecunda, un pueblo dará fruto, y podrá engendrar el día de mañana sólo en la medida que genere relaciones de pertenencia entre sus miembros, que cree lazos de integración entre las generaciones y las distintas comunidades que la conforman; y también en la medida que rompa los círculos que aturden los sentidos alejándonos cada vez más los unos de los otros». (53)

Esta necesidad de ir más allá de los propios límites vale también para las distintas regiones y países. (...) Todas las naciones de la tierra (...) comparten un destino común. En los dinamismos de la historia, a pesar de la diversidad de etnias, sociedades y culturas, vemos sembrada la vocación de formar una comunidad compuesta de hermanos que se acogen recíprocamente y se preocupan los unos de los otros». (96)

1.2. Nuestra tradición:

Reina tal unión y concordia entre los hermanos, que cada cosa parece de todos y todo de cada uno. Y lo que más me encanta es que no existe acepción de personas, ni se tiene en cuenta la alcurnia familiar. Sólo la necesidad engendra la diversidad, y sólo la debilidad justifica la diversidad. El fruto del trabajo común se distribuye a cada uno, no dejándose llevar por el afecto carnal o el amor personal, sino según las necesidades de cada uno.

(ELREDO DE RIEVAL, *El espejo de la caridad*, Libro segundo, XVII, 43, p. 144).

Pues cada uno ha recibido el propio don de Dios, éste uno, aquél otro. Uno puede ofrecer más trabajo, otro vigiliando, otro ayunando, otro orando, otro leyendo o meditando. Hagamos, pues, un solo tabernáculo con la aportación de cada uno, de modo que, según el mandato de nuestro legislador, que nadie diga o considere que algo es suyo, sino que todo sea de todos. Lo que no sólo, hermanos, hay que entender de la cogulla o del hábito, sino mucho más de las virtudes y bienes espirituales.

Que nadie, pues, se envanezca por una gracia que Dios le haya dado como algo propio; que nadie tenga envidia de su hermano por algún don que Dios le haya dado como si fuese algo particular, sino que todo lo que tiene mírelo como algo de todos sus hermanos, y lo que es de su hermano, no dude que es suyo. Es cierto que Dios omnipotente podría llevar a la perfección en un momento al que quisiere y dar a cada uno todas las virtudes. Pero obra con nosotros con amorosa providencia de modo que cada uno necesite del otro, y lo que no tiene en sí lo

halle en el otro, para que así se mantenga la humildad, aumente la caridad y se vea la unidad.

(ELREDO DE RIEVAL, *Sermones Litúrgicos. Tomo I. Sermones 1-14, En el natalicio de San Benito. Sermón 8*, pp. 148-149)

Todo otro hombre es un pedazo de mí mismo, porque soy una parte y un miembro de la humanidad. (...) La caridad no puede ser lo que se pretende que sea si yo no comprendo que mi vida representa mi participación en la vida de un organismo totalmente sobrenatural al que pertenezco. Únicamente cuando esta verdad ocupa el primer lugar, encajan las demás doctrinas en su contexto adecuado. La soledad, la humildad, la negación de uno mismo, la acción y la contemplación, los sacramentos, la vida monástica, la familia, la guerra y la paz: nada de esto tiene sentido excepto en relación con la realidad central que es el amor de Dios viviendo y actuando en aquellos a quienes ha incorporado en su Cristo. Nada en absoluto tiene sentido, a menos que admitamos, con John Donne, que: "Ningún hombre es una isla, entera en sí misma; cada hombre es un pedazo del continente, una parte del todo."

(Thomas MERTON, *Los Hombres no son Islas*, p. 20)

1.3. Diálogo:

- a) Como comunidad, ¿qué pasos podemos dar para que crezca entre nosotros el sentido de pertenencia?
- b) Ante la fragilidad creciente de las comunidades, ¿cómo vemos una mayor interdependencia dentro de las Regiones y de la Orden en su conjunto? ¿Una amenaza? ¿Una oportunidad? ¿Qué formas podría adoptar esta interdependencia?
- c) ¿Sentimos que *estamos todos en la misma barca*? ¿Nos interesamos por las alegrías y los dolores de la humanidad? ¿Estamos atentos a los *signos de los tiempos*? ¿Cómo los integramos en nuestra espiritualidad?

Abrirse a la diversidad cultural

2.1. *Fratelli tutti*:

La llegada de personas diferentes, que proceden de un contexto vital y cultural distinto, se convierte en un don, porque «las historias de los migrantes también son historias de encuentro entre personas y entre culturas: para las comunidades y las sociedades a las que llegan son una oportunidad de enriquecimiento y de desarrollo humano integral de todos» (133)

Por otra parte, cuando se acoge de corazón a la persona diferente, se le permite seguir siendo ella misma, al tiempo que se le da la posibilidad de un nuevo desarrollo. Las culturas diversas, que han gestado su riqueza a lo largo de siglos, deben ser preservadas para no empobrecer este mundo. Esto sin dejar de estimularlas para que pueda brotar algo nuevo de sí mismas en el encuentro con otras realidades. (...). Para ello «tenemos necesidad de comunicarnos, de descubrir las riquezas de cada uno, de valorar lo que nos une y ver las diferencias como oportunidades de crecimiento en el respeto de todos. Se necesita un diálogo paciente y confiado, para que las personas, las familias y las comunidades puedan transmitir los valores de su propia cultura y acoger lo que hay de bueno en la experiencia de los demás» (134)

Nunca se dirá que [los migrantes] no son humanos pero, en la práctica, con las decisiones y el modo de tratarlos, se expresa que se los considera menos valiosos, menos importantes, menos humanos. (39)

La ayuda mutua entre países en realidad termina beneficiando a todos. Un país que progresa desde su original sustrato cultural es un tesoro para toda la humanidad. Necesitamos desarrollar esta consciencia de que hoy o nos salvamos todos o no se salva nadie. (137)

Hay narcisismos localistas que no son un sano amor al propio pueblo y a su cultura. Esconden un espíritu cerrado que, por cierta inseguridad y temor al otro, prefiere crear murallas defensivas para preservarse a sí mismo. Pero no es posible ser sanamente local sin una sincera y amable apertura a lo universal, sin dejarse interpelar por lo que sucede en otras partes, sin dejarse enriquecer por otras culturas o sin solidarizarse con los dramas de los demás pueblos. (...) Porque en realidad toda cultura sana es abierta y acogedora por naturaleza, de tal modo que «una cultura sin valores universales no es una verdadera cultura». (146)

Reconozcamos que una persona, mientras menos amplitud tenga en su mente y en su corazón, menos podrá interpretar la realidad cercana donde está inmersa. (147)

El mundo crece y se llena de nueva belleza gracias a sucesivas síntesis que se producen entre culturas abiertas, fuera de toda imposición cultural. (148)

Es bueno recordar que la sociedad mundial no es el resultado de la suma de los distintos países, sino que es la misma comunión que existe entre ellos, es la inclusión mutua que es anterior al surgimiento de todo grupo particular. En ese entrelazamiento de la comunión universal se integra cada grupo humano y allí encuentra su belleza. Entonces, cada persona que nace en un contexto determinado se sabe perteneciente a una familia más grande sin la que no es posible comprenderse en plenitud. (149)

Este enfoque, en definitiva, reclama la aceptación gozosa de que ningún pueblo, cultura o persona puede obtener todo de sí. Los otros son constitutivamente necesarios para la construcción de una vida plena. La conciencia del límite o de la parcialidad, lejos de ser una amenaza, se vuelve la clave desde la que soñar y elaborar un proyecto común. (150)

Todo esto podría estar colgado de alfileres, si perdemos la capacidad de advertir la necesidad de un cambio en los corazones humanos, en los hábitos y en los estilos de vida. (166)

2.2. Nuestra tradición:

Sentirnos insertos en un tejido compacto de humanidad (...). Estar obligados a permanecer pequeños y dependientes, sin ningún control sobre la evolución del país. Y tener que corresponder a nuestra «razón social» oficial, que es de oración y de trabajo agrícola para vivir. Y tener ante la mirada el comportamiento de nuestros vecinos, que globalmente es aquel de la gente sencilla y religiosa. Sería escandaloso vivir mal nuestra vocación en un contexto así. Ellos saben compartir. La relación de hospitalidad cuenta mucho para ellos. También nosotros la practicamos, recibiendo lecciones a menudo. Los acompañamos en la situación de inseguridad y de gran desarraigo que atraviesa actualmente el país. «¿Cómo podéis vivir en una casa tan insegura?», preguntaba una religiosa. Pero, aún más, ¿cómo podríamos seguir siendo contemplativos en una casa demasiado segura? Al comienzo de la Orden dejamos una casa bien estable y acogedora, en Molesme, a cambio de un desierto llamado Císter, «frecuentado por las bestias salvajes».

(Christian de CHERGÉ, *Sept vies pour Dieu et l'Algérie*, p. 93)

La oración me ayuda a dar a cada uno de mis hermanos su justo lugar, más allá de lo que se experimenta a menudo por vivir juntos. Ella me permite presentir mejor las convergencias a pesar de la distancia, y las complementariedades a pesar de la diferencia.

Esta unidad de todos los pueblos en el Corazón de Cristo parece todavía más evidente cuando uno se pone fielmente *a la escucha de otro pueblo en oración*, y se descubre que las actitudes y las palabras más simples de la expresión espiritual ignoran las fronteras de la religión, que son un lenguaje universal.

(Christian de CHERGÉ, *La esperanza invencible*, p. 39)

El Espíritu Santo es el que hace volar las fronteras. Saber reconocer la presencia del Espíritu Santo actuando en el corazón del «otro»: le da encanto y algo evoluciona y crece en mí. Por tanto, estamos invitados a estar continuamente en estado de VISITACIÓN, como María ante Isabel, para magnificar al Señor por lo que ha realizado en «el otro»... y en mí.

(Christian de CHERGÉ, en Bulletin du Ribât, n° 8, janvier 1988, citado en MOINES DE TIBHIRINE, *Heureux ceux qui se donnent. La vie donnée plus forte que la mort*, p. 264)

No estamos solos ni abandonados a nosotros mismos cuando se nos da la oportunidad de tomar conciencia de nuestra interioridad. Ésta trasciende al sujeto que la experimenta hasta tal punto que descubre al mismo tiempo lo que le conecta con todos los demás hombres. En efecto, porque la interioridad es la vida de Dios en nosotros, trasciende infinitamente a cada uno de nosotros, su edad, sus cualidades, el tiempo en que vive, su cultura. Constituye una realidad transpersonal que es al mismo tiempo transhistórica. Es nuestra parte de eternidad, por la cual estamos en contacto con toda la humanidad y con el universo.

(André LOUF, *La grâce peut davantage*, p. 59)

2.3. Diálogo:

- a) Hoy, muchas comunidades de la Orden son constituidas por miembros de diversas nacionalidades y culturas. ¿Lo percibimos como un enriquecimiento o lo acogemos con indiferencia? ¿Qué puede aportarnos la diversidad cultural? ¿Cómo la integramos en la vida comunitaria?
- b) Como miembros de una Orden que está presente en todos los continentes, ¿qué nos gustaría aprender con comunidades que viven en un contexto cultural y religioso muy distinto de lo nuestro? ¿Qué valores reconocemos en otras culturas?
- c) ¿Hay algún grupo (asociación, comunidad religiosa de otra denominación, etc...) geográficamente cercano a nosotros, que apenas conocemos, con quien podemos promocionar algún tipo de encuentro para favorecer el mutuo conocimiento?

Sentarse a escuchar a otro

3.1. *Fratelli tutti*:

El sentarse a escuchar a otro, característico de un encuentro humano, es un paradigma de actitud receptiva, de quien supera el narcisismo y recibe al otro, le presta atención, lo acoge en el propio círculo. Pero «el mundo de hoy es en su mayoría un mundo sordo. [...] A veces la velocidad del mundo moderno, lo frenético nos impide escuchar bien lo que dice otra persona. Y cuando está a la mitad de su diálogo, ya lo interrumpimos y le queremos contestar cuando todavía no terminó de decir. No hay que perder la capacidad de escucha». San Francisco de Asís «escuchó la voz de Dios, escuchó la voz del pobre, escuchó la voz del enfermo, escuchó la voz de la naturaleza. Y todo eso lo transforma en un estilo de vida. Deseo que la semilla de san Francisco crezca en tantos corazones». (48)

Al desaparecer el silencio y la escucha, convirtiendo todo en tecleos y mensajes rápidos y ansiosos, se pone en riesgo esta estructura básica de una sabia comunicación humana. Se crea un nuevo estilo de vida donde uno construye lo que quiere tener delante, excluyendo todo aquello que no se pueda controlar o conocer superficial e instantáneamente. Esta dinámica, por su lógica intrínseca, impide la reflexión serena que podría llevarnos a una sabiduría común. (49)

Podemos buscar juntos la verdad en el diálogo, en la conversación reposada o en la discusión apasionada. Es un camino perseverante, hecho también de silencios y de sufrimientos, capaz de recoger con paciencia la larga experiencia de las personas y de los pueblos. El cúmulo abrumador de información que nos inunda no significa más sabiduría. La sabiduría no se fabrica con búsquedas ansiosas por internet, ni es una sumatoria de información cuya veracidad no está asegurada. De ese modo no se madura en el encuentro con la verdad. (50)

Acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto, todo eso se resume en el verbo “dialogar”. Para encontrarnos y ayudarnos mutuamente necesitamos dialogar. No hace falta decir para qué sirve el diálogo. Me basta pensar qué sería el mundo sin ese diálogo paciente de tantas personas generosas que han mantenido unidas a familias y a comunidades. El diálogo persistente y corajudo no es noticia como los desencuentros y los conflictos, pero ayuda discretamente al mundo a vivir mejor, mucho más de lo que podamos darnos cuenta. (198)

Algunos tratan de huir de la realidad refugiándose en mundos privados, y otros la enfrentan con violencia destructiva, pero «entre la indiferencia egoísta y la protesta violenta, siempre hay una opción posible: el diálogo. El diálogo entre las generaciones, el diálogo en el pueblo, porque todos somos pueblo, la capacidad de dar y recibir, permaneciendo abiertos a la verdad. (199)

Porque «en un verdadero espíritu de diálogo se alimenta la capacidad de comprender el sentido de lo que el otro dice y hace, aunque uno no pueda asumirlo como una convicción propia. Así se vuelve posible ser sinceros, no disimular lo que creemos, sin dejar de conversar, de buscar puntos de contacto, y sobre todo de trabajar y luchar juntos». (203)

3.2. Nuestra tradición:

Escucha, hijo, estos preceptos de un maestro, aguza el oído de tu corazón, acoge con gusto esta exhortación de un padre entrañable y ponla en práctica, para que por tu obediencia laboriosa retournes a Dios, del que te habías alejado por tu indolente desobediencia. (RB, Prólogo)

Siempre que en el monasterio hayan de tratarse asuntos de importancia, el abad convocará toda la comunidad y expondrá él personalmente de qué se trata. Una vez oído el consejo de los hermanos, reflexione a solas y haga lo que juzgue más conveniente. Y hemos dicho intencionadamente que sean todos convocados a consejo, porque muchas veces el Señor revela al más joven lo que es mejor. Por lo demás, expongan los hermanos su criterio con toda sumisión, y humildad y no tengan la osadía de defender con arrogancia su propio parecer. (...) Pero, cuando se trate de asuntos menos trascendentes, será suficiente que consulte solamente a los monjes más ancianos, conforme está escrito: «Hazlo todo con consejo, y, después de hecho, no te arrepentirás». (RB, III)

Decir la verdad con el corazón y con los labios. (RB, IV)

El segundo grado de humildad es que el monje, al no amar su propia voluntad, no se complace en satisfacer sus deseos, sino que cumple con sus obras aquellas palabras del Señor: «No he venido para hacer mi voluntad, sino la del que me ha enviado». (...) El undécimo grado de humildad es que el monje hable reposadamente y con seriedad, humildad y gravedad, en pocas palabras y juiciosamente, sin levantar la voz, tal como está escrito: «Al sensato se le conoce por su parquedad de palabras». (RB, VII)

Para Benito, la escucha adquiere el significado de obediencia, es decir, de renuncia a la propia voluntad. Para él, es necesario, en efecto, desvestirse desde dentro de todo lo que nos impide servir libremente. Pero esta obediencia, o despojarse de sí mismo, es un camino estrecho, una travesía de la noche, un acto de fe. Por tanto, ha marcado este camino con todo tipo de recomendaciones relativas al uso de la palabra y del silencio, ha establecido una especie de «código de la carretera» para alcanzar la interioridad. Por eso la práctica del silencio como escucha, aparece en Benito como un ejercicio espiritual ascético, camino de liberación, y la práctica de la palabra como un ejercicio de caridad, fuente de paz y unidad. (...) Lo esencial, pues, no es que el monje se calle, sino que sepa callar a su debido tiempo, que su palabra, como su silencio, sea caridad. Pero también es necesario que el monje sepa dialogar, intercambiar. Porque el buen uso del silencio y de la palabra no tiene como fin más que el bien común de los hermanos

y la paz del corazón. (...) La comunidad cisterciense no es una comunidad de ermitaños, es una comunidad de hermanos retirados al desierto. Es en este sentido que a Dom Bernardo Olivera le gusta decir, con un toque de humor, que los cistercienses no son solitarios sino solidarios, porque el carisma cisterciense es la vida común, es decir, la vida de comunión. El silencio permite establecer alrededor de su corazón una clausura, pero una clausura que no cierra a las preocupaciones del mundo ni encierra al monje en sí mismo, solitario y desvinculado. El silencio, o la clausura del corazón, permite abrirse al amor de Dios y del prójimo. (...) Si el silencio es escucha del otro, se convierte en amor, don de la gracia y no simple observancia. El silencio es el hecho de «recogerse, prestar atención y concentrarse en el otro». «En el silencio hay lugar para una multitud».

(Marie-Benoît BERNARD, *Le silence, c'est beau d'amitié*, pp. 225-229)

3.3. Diálogo:

- a) Silencio, ambiente de serenidad, escucha y diálogo van unidos. ¿Cuáles son los ruidos que me habitan y que dificultan la escucha de los demás? Intenta ponerles nombre.
- b) Permanecer abierto al diálogo es permanecer en la búsqueda de la verdad. ¿Cómo acojo las razones y necesidades de los demás, incluso cuando son expresadas de forma poco tranquila? ¿Qué caracteriza una escucha compasiva?
- c) Como comunidad, ¿qué pasos concretos podemos dar para mejorar el ambiente de escucha y de diálogo?

Rehacer una comunidad

4.1. *Fratelli tutti*:

Uno [el samaritano] se detuvo, le regaló cercanía, lo curó con sus propias manos, puso también dinero de su bolsillo y se ocupó de él. Sobre todo, le dio algo que en este mundo ansioso retaceamos tanto: le dio su tiempo. Seguramente él tenía sus planes para aprovechar aquel día según sus necesidades, compromisos o deseos. Pero fue capaz de dejar todo a un lado ante el herido, y sin conocerlo lo consideró digno de dedicarle su tiempo. (63)

Como todos estamos muy concentrados en nuestras propias necesidades, ver a alguien sufriendo nos molesta, nos perturba, porque no queremos perder nuestro tiempo por culpa de los problemas ajenos. Estos son síntomas de una sociedad enferma, porque busca construirse de espaldas al dolor. (65)

La parábola nos muestra con qué iniciativas se puede rehacer una comunidad a partir de hombres y mujeres que hacen propia la fragilidad de los demás, que no dejan que se erija una sociedad de exclusión, sino que se hacen prójimos y levantan y rehabilitan al caído, para que el bien sea común. (67)

El relato, digámoslo claramente, no despliega una enseñanza de ideales abstractos, ni se circunscribe a la funcionalidad de una moraleja ético-social. Nos revela una característica esencial del ser humano, tantas veces olvidada: hemos sido hechos para la plenitud que sólo se alcanza en el amor. (68)

Enfrentamos cada día la opción de ser buenos samaritanos o indiferentes viajeros que pasan de largo. Y si extendemos la mirada a la totalidad de nuestra historia y a lo ancho y largo del mundo, todos somos o hemos sido como estos personajes: todos tenemos algo de herido, algo de salteador, algo de los que pasan de largo y algo del buen samaritano. (69)

La parábola nos hace poner la mirada claramente en los que pasan de largo. (...) Hay muchas maneras de pasar de largo que se complementan: una es ensimismarse, desentenderse de los demás, ser indiferentes. Otra sería sólo mirar hacia afuera. (73)

Hay maneras de vivir la fe que facilitan la apertura del corazón a los hermanos, y esa será la garantía de una auténtica apertura a Dios. (74)

Busquemos a otros y hagámonos cargo de la realidad que nos corresponde sin miedo al dolor o a la impotencia, porque allí está todo lo bueno que Dios ha sembrado en el corazón del ser humano. Las dificultades que parecen enormes son la oportunidad para crecer, y no la excusa para la tristeza inerte que favorece el sometimiento. Pero no lo hagamos solos, individualmente. El samaritano buscó a un hospedero que pudiera cuidar

de aquel hombre, como nosotros estamos invitados a convocar y encontrarnos en un “nosotros” que sea más fuerte que la suma de pequeñas individualidades; recordemos que «el todo es más que la parte, y también es más que la mera suma de ellas». (78)

Este encuentro misericordioso entre un samaritano y un judío es una potente interpelación, que desmiente toda manipulación ideológica, para que amplíemos nuestro círculo, para que demos a nuestra capacidad de amar una dimensión universal capaz de traspasar todos los prejuicios, todas las barreras históricas o culturales, todos los intereses mezquinos. (83)

Si vamos a la fuente última, que es la vida íntima de Dios, nos encontramos con una comunidad de tres Personas, origen y modelo perfecto de toda vida en común. La teología continúa enriqueciéndose gracias a la reflexión sobre esta gran verdad. (85)

Todavía hay quienes parecen sentirse alentados o al menos autorizados por su fe para sostener diversas formas de nacionalismos cerrados y violentos, actitudes xenófobas, desprecios e incluso maltratos hacia los que son diferentes. La fe, con el humanismo que encierra, debe mantener vivo un sentido crítico frente a estas tendencias, y ayudar a reaccionar rápidamente cuando comienzan a insinuarse. (86)

Hay periferias que están cerca de nosotros, en el centro de una ciudad, o en la propia familia. También hay un aspecto de la apertura universal del amor que no es geográfico sino existencial. Es la capacidad cotidiana de ampliar mi círculo, de llegar a aquellos que espontáneamente no siento parte de mi mundo de intereses, aunque estén cerca de mí. (...) El racismo es un virus que muta fácilmente y en lugar de desaparecer se disimula, pero está siempre al acecho. (97)

La solidaridad se expresa concretamente en el servicio, que puede asumir formas muy diversas de hacerse cargo de los demás. El servicio es en gran parte, cuidar la fragilidad. (...) El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne. (115)

4.2. Nuestra tradición:

Al predicar las bienaventuranzas, el Señor antepuso los misericordiosos a los limpios de corazón. Y es que los misericordiosos descubren en seguida la verdad en sus prójimos. Proyectan hacia ellos sus afectos y se adaptan de tal manera, que sienten como propios los bienes y los males de los demás. Con los enfermos, enferman; se abrasan con los que sufren escándalo; se alegran con los que están alegres, y lloran con los que lloran. Purificados ya en lo íntimo de sus corazones con esta misma caridad fraterna, se deleitan en contemplar la verdad en sí misma; por cuyo amor sufren las desgracias de los demás.

En cambio, los que no sintonizan así con sus hermanos, sino que ofenden a los que lloran, menosprecian a los que se alegran, o no sienten en sí mismos lo que hay en los demás, por no sintonizar con sus sentimientos, jamás podrán descubrir en sus prójimos la verdad.

A todos éstos les viene bien aquel dicho tan conocido: «Ni el sano siente lo que siente el enfermo, ni el harto lo que siente el hambriento». El enfermo y el

hambriento son los que mejor se compadecen de los enfermos y de los hambrientos, porque lo viven. La verdad pura únicamente la comprende el corazón puro; y nadie siente tan al vivo la miseria del hermano como el corazón que asume su propia miseria. Para que sientas tu propio corazón de miseria en la miseria de tu hermano, necesitas conocer primero tu propia miseria.

(SAN BERNARDO, *Obras completas I, Tratado sobre los grados de humildad y soberbia*, III.6, p. 181)

Hizo de la casa de Rieval una morada muy sólida, capaz de sostener a los débiles, alimentar a los fuertes y valientes, fomentar la paz y la piedad y donde reinara el amor a Dios y al prójimo. ¿Quién no encontró allí una mansión de reposo, por más abyecto y despreciable que fuera? ¿Quién llegó allí abatido y no halló en Elredo amor paterno y en los hermanos el oportuno consuelo? ¿Quién era tan frágil de cuerpo o de conducta que fuera expulsado de esa casa, a no ser que su maldad ofendiera a todos o desapareciera toda esperanza de salvación?

Por eso monjes necesitados de misericordia y compasión fraterna volaban a Rieval desde otros países y regiones muy remotas, y allí encontraban la paz y santidad sin la cual nadie verá a Dios. Y así los vagaban por el mundo sin hallar una casa religiosa que les acogiera, se acercaban a Rieval, la madre de misericordia y al encontrar las puertas abiertas entraban libremente alabando al Señor. Y si alguno se atrevía a reprender con ira sus depravadas costumbres, Elredo le decía: “Hermano, no mates un alma por la que murió Cristo, no alejes nuestra gloria de esta casa, recuerda que *somos peregrinos como nuestros padres*, y que la gloria suprema y singular de Rieval reside en soportar a los enfermos y compadecerse de las necesidades ajenas. El testimonio de nuestra conciencia consiste en que esta casa es santa porque engendra hijos de paz para su Dios. Todos, débiles y fuertes, deben hallar un lugar de paz en Rieval, y como peces en alta mar disfrutar de una gozosa y amplia caridad, para que se diga de ella: *allí subieron las tribus, las tribus del Señor, como testimonio de Israel, para alabar el nombre del Señor*. Las tribus de los fuertes y las tribus de los débiles. La casa que desprecia a los débiles no puede llamarse casa religiosa. *Tus ojos han visto mi imperfección, y en tu libro todos estarán inscritos*.”

(WALTER DANIEL, «*Vita Aelredi*», 29, en ELREDO DE RIEVAL, «*Vita Aelredi*», *Jesús a los doce años, La vida reclusa, Sobre el alma*, pp. 48-49)

4.3. Diálogo:

- a) ¿Cómo vivo la relación entre “mis planes” y las necesidades de mis hermanos/as? ¿Cuáles son mis prioridades en la gestión del tiempo?
- b) «Nadie siente tan al vivo la miseria del hermano como el corazón que asume su propia miseria. Para que sientas tu propio corazón de miseria en la miseria de tu hermano, necesitas conocer primero tu propia miseria.» ¿Cómo resuena en mí esta afirmación de San Bernardo y qué lugar tiene en mi espiritualidad?
- c) ¿Qué lugar tienen las personas en situación de fragilidad (social, moral, psicológica...) en nuestra hospedería, en nuestra oración, en las prioridades de la comunidad?

Ser artesanos de paz

5.1. *Fratelli tutti*:

Hablar de “cultura del encuentro” significa que como [comunidad] nos apasiona intentar encontrarnos, buscar puntos de contacto, tender puentes, proyectar algo que incluya a todos. (216)

Integrar a los diferentes es mucho más difícil y lento, aunque es la garantía de una paz real y sólida. Esto no se consigue agrupando sólo a los puros, porque «aun las personas que puedan ser cuestionadas por sus errores, tienen algo que aportar que no debe perderse» (...) Lo que vale es generar procesos de encuentro. (217)

Ignorar la existencia y los derechos de los otros, tarde o temprano provoca alguna forma de violencia, muchas veces inesperada. (219)

Es el auténtico reconocimiento del otro, que sólo el amor hace posible, y que significa colocarse en el lugar del otro para descubrir qué hay de auténtico, o al menos de comprensible, en medio de sus motivaciones e intereses. (221)

San Pablo mencionaba un fruto del Espíritu Santo con la palabra griega *jrestótes* (Ga 5,22), que expresa un estado de ánimo que no es áspero, rudo, duro, sino afable, suave, que sostiene y conforta. La persona que tiene esta cualidad [amabilidad] ayuda a los demás a que su existencia sea más soportable, sobre todo cuando cargan con el peso de sus problemas, urgencias y angustias. Es una manera de tratar a otros que se manifiesta de diversas formas: como amabilidad en el trato, como un cuidado para no herir con las palabras o gestos, como un intento de aliviar el peso de los demás. Implica «decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan», en lugar de «palabras que humillan, que entristecen, que irritan, que desprecian». (223)

La amabilidad es una liberación de la crueldad que a veces penetra las relaciones humanas, de la ansiedad que no nos deja pensar en los demás, de la urgencia distraída que ignora que los otros también tienen derecho a ser felices. Hoy no suele haber ni tiempo ni energías disponibles para detenerse a tratar bien a los demás, a decir “permiso”, “perdón”, “gracias”. Pero de vez en cuando aparece el milagro de una persona amable, que deja a un lado sus ansiedades y urgencias para prestar atención, para regalar una sonrisa, para decir una palabra que estimule, para posibilitar un espacio de escucha en medio de tanta indiferencia. Este esfuerzo, vivido cada día, es capaz de crear esa convivencia sana que vence las incomprensiones y previene los conflictos. (224)

En muchos lugares del mundo hacen falta caminos de paz que lleven a cicatrizar las heridas, se necesitan artesanos de paz dispuestos a generar procesos de sanación y de reencuentro con ingenio y audacia. (225)

El camino hacia una mejor convivencia implica siempre reconocer la posibilidad de que el otro aporte una perspectiva legítima, al menos en parte, algo que pueda ser rescatado, aun cuando se haya equivocado o haya actuado mal. Porque «nunca se debe encasillar al otro por lo que pudo decir o hacer, sino que debe ser considerado por la promesa que lleva dentro de él», promesa que deja siempre un resquicio de esperanza. (228)

Hay una “arquitectura” de la paz, donde intervienen las diversas instituciones de la sociedad, cada una desde su competencia, pero hay también una “artesanía” de la paz que nos involucra a todos. (231)

Es cierto que «no es tarea fácil superar el amargo legado de injusticias, hostilidad y desconfianza que dejó el conflicto. Esto sólo se puede conseguir venciendo el mal con el bien (cf. Rm 12,21) y mediante el cultivo de las virtudes que favorecen la reconciliación, la solidaridad y la paz». De ese modo, «quien cultiva la bondad en su interior recibe a cambio una conciencia tranquila, una alegría profunda aun en medio de las dificultades y de las incomprensiones. Incluso ante las ofensas recibidas, la bondad no es debilidad, sino auténtica fuerza, capaz de renunciar a la venganza». Es necesario reconocer en la propia vida que «también ese duro juicio que albergo en mi corazón contra mi hermano o mi hermana, esa herida no curada, ese mal no perdonado, ese rencor que sólo me hará daño, es un pedazo de guerra que llevo dentro, es un fuego en el corazón, que hay que apagar para que no se convierta en un incendio» (243)

Cuando los conflictos no se resuelven, sino que se esconden o se entierran en el pasado, hay silencios que pueden significar volverse cómplices de graves errores y pecados. Pero la verdadera reconciliación no escapa del conflicto, sino que se logra en el conflicto, superándolo a través del diálogo. (244)

El perdón no implica olvido. Decimos más bien que cuando hay algo que de ninguna manera puede ser negado, relativizado o disimulado, sin embargo, podemos perdonar. Cuando hay algo que jamás debe ser tolerado, justificado o excusado, sin embargo, podemos perdonar. Cuando hay algo que por ninguna razón debemos permitirnos olvidar, sin embargo, podemos perdonar. El perdón libre y sincero es una grandeza que refleja la inmensidad del perdón divino. Si el perdón es gratuito, entonces puede perdonarse aun a quien se resiste al arrepentimiento y es incapaz de pedir perdón. (250)

Los que perdonan de verdad no olvidan, pero renuncian a ser poseídos por esa misma fuerza destructiva que los ha perjudicado. Rompen el círculo vicioso, frenan el avance de las fuerzas de la destrucción. (251)

5.2. Nuestra tradición:

Después de haber recibido esta gracia de la que acabamos de hablar, en virtud de la cual los que viven juntos gozan de sí mismos en Dios y de Dios en sí mismos, los monjes de tal modo experimentan cómo se han desvanecido todas las resistencias de la carne, que lo que concierne a sus cuerpos no es otra cosa, para ellos, que instrumento de buenas obras. Pueden, sin duda, desfallecer a causa de

sus miserias y debilidades, pero esto mismo les hace devenir más fuertes en cuanto al hombre interior: “Pues cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte”, dice el Apóstol. Los sentidos mismos reciben una nueva gracia, algo así como una gracia de espiritualización: la de los ojos simples y los oídos discretos. A veces, en el fervor de la oración, tan grande es la fragancia de ignoto aroma que se expande, tan gran la dulzura del sabor que se siente aún sin gustarlo, tan grande el ímpetu del corazón provocado por el mutuo influjo del amor espiritual, que estos hombres creen tener en sí mismos un paraíso de delicias espirituales. La expresión de sus rostros y todo su aspecto exterior, la belleza de su vida, de su comportamiento, de su manera de obrar, los mutuos servicios que con caridad se prestan o aceptan amablemente, todo eso, contribuye a que concuerden y se unan entre sí con gracia encantadora: verdaderamente, no son más que un solo corazón y una sola alma.

(GUILLERMO DE SAINT THIERRY, *De la naturaleza y dignidad del Amor*, 43, pp. 154-156)

A medida que se purifica el corazón por la oración, alcanza poco a poco el descanso y se reconcilia con la debilidad y el pecado. Más aún: acaba por apartar los ojos de su propia miseria para no contemplar más que el rostro de la misericordia de Dios. La contrición se transforma insensiblemente en alegría humilde y apacible, en amor y acción de gracias. No se niega ni excusa ninguna falta ni ningún pecado, pero son ahogados y sepultados en la misericordia. Donde abundaba el pecado, superabundó la gracia (Cf. Rm 5,20). (...) La falta se convierte en adelante en una feliz falta, una *felix culpa*, como cantamos en la Vigilia Pascual, una culpabilidad que se entierra en el amor. (...) Poco a poco este sentimiento alegre de contrición es el que predomina en la experiencia espiritual. De esta ascesis de pobreza -*patientia pauperum*- surge cada día un hombre nuevo, todo paz, benevolencia y dulzura. (...) Este hombre ha alcanzado ya una paz profunda, pues fue quebrantado y reedificado en todo su ser por pura gracia.

(André LOUF, *A merced de su gracia*, pp. 124-125)

5.3. Diálogo:

- a) Una comunidad monástica no tendría sentido si no fuera un “taller” dónde se descubre y practica el arte de la paz. ¿Cuáles son las herramientas fundamentales de este arte? ¿Qué pasos podemos dar para aprender a utilizarlas mejor?
- b) Como comunidad, más allá del sacramento, ¿cómo vivimos la reconciliación? ¿Podemos encontrar una pedagogía que facilite la sanación de las relaciones heridas entre los hermanos/as?
- c) Como comunidad, ¿cómo podemos ser artesanos y testigos de paz en el contexto social en el que vivimos?

Bibliografía

- ELREDO DE RIEVAL, *El espejo de la caridad*, Monte Carmelo, Burgos, 2001.
- *Sermones Litúrgicos, Tomo I, Sermones 1-14*, Monte Carmelo, Burgos, 2008.
 - «*Vita Aelredi*», *Jesús a los doce años, La vida reclusa, Sobre el alma*, Monte Carmelo, Burgos, 2011.
- BENITO (san), *La Regla de San Benito*, BAC, Madrid, 2000.
- BERNARD, Marie-Benoît, *Le silence, c'est beau d'amitié*, in *Collectanea Cisterciensia* 70 (2008), pp. 220-231.
- BERNARDO (san), *Obras Completas I: Introducción general y Tratados (1ª)*, BAC, Madrid, 1983.
- CHERGÉ, Christian de, *Sept vies pour Dieu et l'Algérie*, Bayard, Paris, 1996.
- *La esperanza invencible. Escritos esenciales del monje mártir de Argelia*, Buenos Aires, Lumen, 2007.
- FRANCISCO, *Carta Encíclica Fratelli Tutti sobre la Fraternidad y la Amistad Social*, <https://tinyurl.com/yc373x6b>
- GUILLERMO DE SAINT THIERRY, *De la naturaleza y dignidad del Amor*, Monasterio Ntra. Sra. de los Ángeles, Azul, 1976.
- LOUF, André, *A merced de su gracia. Propuesta de oración*, Narcea, Madrid, 1992.
- *La grâce peut davantage. L'accompagnement spirituel*, Desclée de Brouwer, Paris, 1992.
- MERTON, Thomas, *Los Hombres no son Islas*, Sudamérica, Buenos Aires, 1956.
- MOINES DE TIBHIRINE, *Heureux ceux qui se donnent. La vie donnée plus forte que la mort*, Les Éditions du Cerf, Bellefontaine et Bayard, Paris, 2020.